

PROLOGO

“En la vida las cosas no siempre
pueden ser como queremos, y cuando
más ligados nos sentimos a un lugar,
nos vemos obligados a partir...
pero los recuerdos quedan:
son imperecederos”.

(Vincent van Gogh en una de
sus cartas a la familia Ginoix,
en Auvers-sur-Oise, Francia)

Siempre resulta difícil hurgar en el pasado de uno mismo, aun cuando seamos conscientes de que es fundamental para conocernos mejor y enfrentarnos con mayor objetividad a nuestro presente. He querido hacerlo en este libro pues pienso que explorando las experiencias vividas en mis años de juventud, contemplando después mis aciertos, equivocaciones y reveses inevitables con la capacidad de comprensión que los años conceden, puedo lograr ese maravilloso sentimiento de purificación interior que permite vivir en equilibrio. No ha sido un proceso fácil, desde luego. He tenido que recurrir a un recordatorio exhaustivo que en ocasiones ha resultado doloroso... incluso traumático. Traer a la memoria vivencias que se creían olvidadas requiere valor, y toma tiempo. Más aún, al obligarme a reconstruirlas hoy con la perspectiva debida para comprender situaciones que me atormentaron en

su momento sin que entonces supiera cómo resolverlas. La catarsis lograda en el proceso, sin embargo, bien ha valido la pena.

Mi historia no es única ni muy diferente a la de infinidad de mis contemporáneos. En cierta forma pienso que es afín a la de muchos que pertenecemos a una época que se caracterizó por represiones de todo tipo, especialmente en el mundo hispano, donde las dictaduras más férreas proliferaron por décadas y la religión se mostró inflexible al hacer cumplir sus dogmas. Me tocó nacer en un país joven, Cuba, escenario de convulsiones políticas que nunca han cesado desde que logró una independencia relativa en 1902, después de una innecesaria ocupación norteamericana que se prolongó por cuatro largos años que dejaron endeudada a la nueva república, la última en independizarse de España. Esta inestabilidad constante influyó decisivamente en mi vida, pues para los cubanos ha sido prácticamente imposible mantenernos ajenos a los acontecimientos políticos que afectan los destinos de nuestro pequeño país. Así, de adolescente, viví la tiranía sangrienta de Fulgencio Batista en los años cincuenta, durante la cual se despertó en mí lo que hoy pudiera llamar “mi espíritu de cubanía”; es decir, una necesidad compulsiva por devolver a mi isla del Caribe la democracia cercenada en una madrugada por un militar ambicioso y sin escrúpulos. Me embargó, siete años después, la euforia contagiosa que todos los cubanos sentimos con el triunfo de la revolución liderada por un idealista que se alzó en las sierras del Oriente cubano para luchar contra la dictadura que nos oprimía: Fidel Castro. Y finalmente, años más tarde, en la década de los años sesenta, me vi forzado a enfrentarme a la difícil decisión de tener que abandonar mi país al ser consciente de que no estaba de acuerdo con los conceptos exóticos que el gobierno revolucionario implantaba para crear la supuesta “nueva Cuba”, al punto de llegar a sentirme como un extranjero en mi propia patria.

También los estrictos conceptos de moralidad que regían la sociedad cubana influyeron en mi formación y causaron en mí conflictos contra los que tuve que luchar denodadamente para llegar a alcanzar ese equilibrio emocional que hoy disfruto. Debo reconocer que mi despertar a la sexualidad fue precoz y traumático. Desde muy pequeño me di cuenta de que yo era “diferente” y que estaba lejos de reunir los requisitos de perfección que mis padres esperaban de mí, porque me los inculcaron desde mis primeros años. En un país esencialmente machista y homofóbico, donde prevalecía una evidente hipocresía en todo lo relacionado con el sexo, me fue muy difícil llegar a la conclusión de que era homosexual, aceptar mi preferencia sexual, y finalmente sentirme en paz conmigo mismo, aunque para ello defraudara egoístamente las expectativas de mi familia. En la época en que tomaron lugar mis experiencias sexuales más tempranas —primera-mente de niño, y después de adolescente— la homosexualidad era condenada y repudiada por la inmensa mayoría de los cubanos, pero —curiosamente— practicada en secreto por muchos de los que la censuraban ferozmente, tal vez porque se negaban a aceptar instintos que en formas diferentes podrían afectar sus vidas y su imagen ante la sociedad. Es posible que la sensualidad del trópico pudiera influir en esta realidad y que exacerbara la sexualidad de algunos cubanos, dispuestos a canalizarla de formas poco convencionales para los cánones que prevalecían en aquellos días, no sólo morales sino religiosos. Lo pude constatar en carne propia desde muy temprano en mi vida, aunque muchos se empeñen en negarlo hoy por complejos arraigados desde la cuna que es posible que nunca lleguen a superar. La homofobia es una actitud que aún prevalece en la sociedad cubana, dentro y fuera de la isla. Es un patrón de conducta que aparece ampliamente documentado desde principios del siglo XVII, cuando se emplearon castigos contra quienes practicaban “el abominable y nefasto pecado de la

sodomía, aborrecida por Dios”*, y sus infractores eran llevados a la hoguera en la “Plaza de Armas” de La Habana o reclusos en “Cayo Puto”**, un islote próximo a la bahía habanera. Lo mismo que las hojas de la *yagruma* —verdes por el anverso y plateadas por el reverso— esa ambivalencia sexual de muchos de mis compatriotas es histórica y parte de nuestra idiosincrasia.

Las convulsiones familiares que viví de pequeño en muchas formas definieron mi manera de ser, inclusive mi carácter. Mi familia nunca se ciñó a los patrones convencionales que se le pueden atribuir a esas familias con tradición que por regla general calificamos de “felices” y “estables”. Y por diferentes factores que he logrado identificar en el análisis de mi niñez y mi adolescencia, he llegado a la conclusión de que la necesidad de sentirme aceptado por otros y agradar a todos ha sido una constante en mis años de formación; en cierta forma ha sido la forja de mi personalidad. Tal vez por ello he perseguido el amor con tanto afán en busca de una estabilidad emocional que es muy difícil de alcanzar, porque depende de muchos factores que casi nunca están bajo nuestro control. Por fortuna, pocas veces he sido rechazado en la vida. He avanzado con cautela por senderos difíciles, y casi siempre he sabido evitar la posibilidad de exponerme al rechazo de otros. Mi autoestima pocas veces se ha visto afectada y he podido llegar a muchas de las metas que me he propuesto en la vida, sin desvíos innecesarios. Esta es mi historia...

* Fernando Ortiz.

** Hoy “Cayo Cruz”, por muchos años convertido en el basurero de La Habana. En 1975 fue clausurado y hoy es considerado como zona de insalubridad urbana.

